



Real, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía y Hermandad del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de las Angustias



*Pregón Cartel Viernes Santo 2009
Inmaculada Guerrero González
Campillos, 28 de Febrero de 2009*

Y el Ángel Gabriel se presentó a María y le dijo: “te saludo favorecida de Dios el Señor esta contigo”. Cuando vio al Ángel se turbó y preguntó que significaba aquel saludo. El Ángel dijo: “María no tengas miedo, pues tú gozas del favor de Dios, ahora vas a quedar en cinta, tendrás un hijo y le pondrás por nombre Jesús, será un gran hombre al que llamaran Hijo del Altísimo y Dios, el Señor, lo hará Rey y su reino no tendrá fin”.

Todo ocurre de manera sencilla, María escucha la palabra de Dios por medio del Ángel y, aunque duda, Ella contesta simplemente “Hágase en mí según tu palabra”. Ella había sido la elegida. El Espíritu Santo la había cubierto con su sombra y había engendrado en sus entrañas al Mesías.

Así María se convierte en la Madre del Salvador y con su “Sí” nos ofrece a su hijo desde el acontecimiento de la anunciación y se convierte en colaboradora del plan de salvación de Dios. Pero también con este “hágase” acepta los sufrimientos y los sacrificios y se ofrece para cumplir en todo la voluntad de Dios, a ser su esclava. Así María nos

invita a ascender día a día en amor, en esperanza y en fe, en ese amor que le caracteriza cada vez que se asoma al evangelio: para ayudar a su prima Isabel, para decirnos que Dios está siempre de parte de los pobres, para ayudar a los novios de Caná, para estar en pie junto a la cruz treinta y tres años después de la anunciación y ver morir a su hijo en plena desolación por los pecadores de todo el mundo y de todos los tiempos, por los pecadores de entonces y los pecadores de hoy, porque el sacrificio fue por todos, por todos nosotros.

Y lo bajan Madre de la cruz, y te lo ponen en tus brazos como tantas veces lo tuvieras en Belén, pero allí era niño para quererlo, abrazarlo y hablar con Él secretos de madre y de hijo. Pero ahora, el que está en tu regazo es Jesús, hecho hombre, pero es Jesús en su muerte, ya no late su corazón, ya no brillan sus ojos, es el cadáver de tu hijo, el hijo desfigurado, acaso todavía caliente, y le limpias el rostro deformado, y le cierras sus ojos, aquellos que Tú misma habías abierto a la vida, y pegas tu mejilla con la suya, lo abrazas fuertemente y te

aferras a Él sin querer soltarlo, y pones, junto a su costado abierto, tu propio corazón de madre, desecho y angustiado.

Y no pudo crear el imaginero una cara que provoque más devoción y emociones a todos cuando la vemos, con sus ojos arrasados en lágrimas, y sus labios entre abiertos, anhelando un hálito de vida para su hijo muerto, víctima del más injusto de los crímenes y, también, del más generoso de los sacrificios.

Es la noche del Viernes Santo, es la noche del dolor, de la soledad, porque a nuestra Virgen de las Angustias ya no le queda, ni siquiera, el peso de su hijo muerto sobre su regazo y su pena se nos contagia, nos nubla lo ojos y nos hace meditar en su dolor de madre; y por madre y por mujer, nos hermanas a todos con tu luto y con tu llanto, y es que Tú, te crucificaste en tu alma también con tu hijo, porque tuviste que sentir como sólo sienten las madres, la muerte de lo que era tuyo, de lo que tú sentías como vida propia.

Con la venia del Señor Cura Párroco, Excelentísimo Señor Alcalde del Ayuntamiento de Campillos, Hermano Mayor y Mayordomo de la Real, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía y Hermandad del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de las Angustias, Junta y Consejo de Gobierno, hermanos cofrades, señoras y señores, amigos todos.

Gracias Andrés por las bonitas palabras que me has dedicado.

Gracias a mi Hermandad por el honor que me hace al encomendarme este pregón. Va mi entusiasmo en ello, y trataré de corresponder a vuestra confianza.

Gracias a mi marido por la ayuda y el ánimo que me ha dado en todo momento para que este pregón sea una realidad.

Gracias a mis padres por ser dos pilares fundamentales en mi vida.

Gracias a mí querida prima Charo por compartir conmigo sus conocimientos y por toda la ayuda emocional que me ha dado.

Gracias a mi familia y a mis amigos por alentarme en esta difícil tarea.

Gracias a todos vosotros por acompañarme.

Y gracias a mi Virgen de las Angustias por ser mi fuente de inspiración y darme la fuerza y la templanza necesaria para poder estar hoy aquí.

Hace ya bastante tiempo, cuando un día el Hermano Mayor me dejó entrever que le gustaría que fuese pregonera del cartel, le contesté que yo no me veía capaz de plasmar en el papel todos los sentimientos que tengo y, muchísimo menos, poderlos expresar. Pero desde aquel día no deje de darle vueltas, y todo lo que venía a mi cabeza lo escribía. Y así empezó este pregón. Y es que son tantos los sentimientos y la devoción hacia estos Sagrados Titulares, que creo que encontraré, aunque con torpeza, el modo de expresarlo.

Mi vinculación a esta Hermandad me viene desde que nací y por tradición, ya que toda mi familia pertenece a ella. En mi casa, la Semana Santa, se vive de una manera especial, y mi padre, por su carácter y manera de ser, a todos nos hacía participé de ella, de una manera u otra. Recuerdo en mi niñez como me temblaban las piernas de emoción cuando escuchaba los primeros tambores, y recuerdo la Noche del Viernes Santo entre el miedo y la emoción, porque me imponía sobre manera la seriedad de la procesión, el recogimiento, como todo se volvía negro esa noche, y todo era silencio, dolor y angustia.

Recuerdo como se hacía la famosa limonada del Santo Entierro, tradición que hace ya unos cuantos años desapareció. En esta tarea participábamos todos y era como un rito que se repetía año tras años. Recuerdo lo satisfecho que mi padre se sentía de ser el único que tenía la receta, receta que aprendió de su padre y que hoy en día, sus hijos, también tenemos y que guardamos como si de un tesoro se tratara.

Todo esto me llevó a vivir unas experiencias y a tener unas vivencias muy profundas, vivencias que revivo año tras año, cuando recuerdo a mi padre debajo del varal de la Virgen de las Angustias, varal que nunca abandonaba, excepto, para cantar una saeta, siempre en la misma esquina y siempre a pie de paso. Vivencias que hoy comparto con mi marido, una persona que vive la Semana Santa intensamente y que está totalmente comprometido con su Hermandad, por lo cual en mi casa la Semana Santa se vive plenamente, y esto a hecho que mis hijos, desde que nacieron, vivan la Semana Santa con auténtica fe y respeto y, hoy en día, sean verdaderos cofrades.

Mis padres, buenos creyentes, nos inculcaron a cada uno de sus hijos la fe en Cristo y a su bendita Madre y el amor a esta Hermandad. Una fe sencilla, pero gracias a la cual vivimos instantes maravillosos y nada nos parece imposible porque la fe es nuestro mayor y máspreciado tesoro.

La fe es creer en el amor de Dios, incluso cuando las cosas no salen como tú quieres o como

habíamos pedido a Dios que salieran, porque fe es esperanza y sin ella no podremos sobrevivir a las angustias del presente. A través de la fe nos damos cuenta de lo generoso que Jesús fue con nosotros, dándonos la vida a costa de la suya.

Por eso es imprescindible dar testimonio de la fe cristiana y dar ejemplo a los jóvenes que son la semilla del futuro. La fe nos fue entregada por nuestros mayores mediante la tradición, porque tradición significa precisamente entrega. Una entrega que vamos descubriendo nosotros, cada uno a su manera y gracias a la cual guardamos vivencias que nos dejaron un hondo recuerdo, unas vivencias ya lejanas que no dejan de ser un presente porque las vivimos de igual manera.

Unas vivencias a través de las cuales hemos aprendido que Dios se hizo hombre y expiró en una cruz para darnos la vida, que Dios existe para todos, y si se lo permitimos, no sólo nos mostrará el camino correcto, sino que nos dará la fuerza necesaria para vivir plenamente porque Él, con su

muerte, nos demostró a todos que sólo a través del amor se puede salvar a los hombres.

Pertenecer a una hermandad consiste en dedicar tiempo y compartir actividades con otras personas que también aman a Jesús, por eso para nosotros los cofrades, el desfile procesional de las Hermandades no es sólo una representación pública de la pasión del Señor, sino que es una verdadera catequesis del dogma de la resurrección, pues a través de nuestros tronos se nos instruye en los principios y misterios de la fe católica, porque al ver la estampa viva del Dios hombre, humilde y abnegado, pasando por la tortura de su pasión, y a su Madre, llena de pena por el dolor ante la muerte de su Hijo, notamos más hondas y arraigadas nuestras creencias y nos damos cuenta que María vivió plenamente el sufrimiento. Ella, la mujer que creía en la bondad innata de las personas, la mujer humilde y sencilla, llena de dolor por la muerte de su hijo, pero ahí estaba junto a Él, hasta el final, hasta el último momento, dándonos un ejemplo de fortaleza y

esperanza y su Sí más auténtico a la voluntad de Dios.

Ella renunció a tener nada propio, para poder ser de todos y cuidar a todos; renunció a su vida, para distribuirla entre nosotros, renunció incluso a los suyos, para que todos pudiéramos considerarla nuestra y ser el puente de unión entre Jesús y nosotros. Ella comenzó a ser madre para todos y nos enseñó a esperar, serenamente, y confiar en la promesa.

Para Ella ser madre fue muchísimo más que engendrar a un hijo y, educar, fue aún más difícil y más importante que concebir, porque cuando aceptó la invitación del Ángel, no lo hizo para cubrirse de gloria, y ser homenajeadá por las demás mujeres como madre del Mesías, sino para serle útil a Dios.

María no está para eliminar nuestro dolor, sino para llenarlo con su presencia, para reconfortarnos y sentirla más cerca que nunca, en los momentos más difíciles y poder vivir cobijado

bajo su protección, pues Ella, es la amiga fiel que nunca nos abandona. Ella es la que nos hace nacer a Cristo y quien vela por nuestro crecimiento, la que nos alcanza gracias, la que aparta obstáculos de nuestro camino, la que nos levanta cuando caemos. A través de Ella nos llega la fuerza de Dios, la que nos sirve para seguir adelante y afrontar la vida. María es una permanencia en nuestras vidas y, nunca, está ausente en las penas y alegrías de su hijo, igual que nuestra madre de la tierra, porque aprendimos a amar, porque nos lo enseñó nuestra madre. Una madre quiere con amor incondicional porque para las madres el amor tiene una importancia suprema y nos hace tener seguridad espiritual, pues el oficio de una madre no es sólo concebir y dar a luz, sino proteger y velar, nutrir y educar, hasta que el nuevo ser esté en condiciones de vivir por si mismo, con autonomía, por eso una madre es lo más grande que hay en nuestra vida, no hay nada más hermoso que su amor ni una experiencia más bonita que ser madre.

Desde siempre he participado de forma activa en mi Hermandad. Recuerdo cuando tenía 10 u 11 años y acudía a la iglesia para ayudar en lo que podía. Empecé limpiando plata y haciendo recados, hasta que años mas tarde y, de la mano de Ana Guerrero, me fui acercando a lo que verdaderamente me gustaba, engalanar a la Virgen.

¿Que misterio rodeaba al camerino? ¿Qué secreto se guardaba allí? Por fin lo descubrí, el día que me encontré con Ella cara a cara. Con mis ojos clavados en los suyos y recreándome en cada rasgo de su rostro, no supe explicar en aquel momento lo que sentí. Fue un cúmulo de sensaciones que quizás hoy tampoco sepa expresarlo, pero desde aquel día supe que iba a tener con Ella una vinculación especial y un amor en el que, con la familiaridad que me acercaba, ponía algunas veces un mucho de confianza.

Hasta que un día, junto con mi prima Charo, nos propusieron ser camarista de la Virgen. Para mi aquello fue algo especial. Que gozo estar a solas

con Ella, me daba una seguridad casi mágica. Estaba segura de que movía sus ojos de piedad hacia mis desalientos, hacia mis flaquezas y es, en la intimidad del camerino, cuando me nacen los mas bellos sentimientos y surge una oración, unas veces con los labios, y otras con el pensamiento, con una mirada dulce y querida de una madre hacia una hija y ahí es donde, verdaderamente, me doy cuenta que eres la razón de mi fe, y mi asidero en la vida, que a ti acudiré siempre a hablar de mis cosas, cuando me sienta sola y llena de angustias, porque Tú, con tu ternura, me das la seguridad de saberme amparada y protegida, me devuelves la paz y la confianza, eres la que me das fuerza y la causa de mis alegrías, por eso Tú serás siempre mi última palabra, como es el brillo de tus ojos la ultima luz que se apaga en mis noches, y como es tu mirada, el primer rayo de sol de mis mañanas.

Si bien, antes, la expresión vestir santos era utilizado en tono despectivo y peyorativo, hoy en día es una labor por todos reconocida y la que cada vez hay que dedicarle más tiempo. Tiempo que le resto a mi familia pero, se que a ellos no les

importa, porque sin duda, y de cierta manera, todos nos vemos reconfortado por Ella, por mi Virgen de las Angustias.

Ha sido tanto el trabajo realizado a lo largo de todo el año y tanta la preparación para que todo esté apunto, que cuando llega la tarde del Viernes Santo todos miramos al cielo, que normalmente está oscuro y amenaza lluvia. Lógico, el Hijo de Dios ha muerto, y el cielo, de alguna manera, tiene que expresar sus sentimientos, pero todos estamos convencido que las nubes pasarán, y te asomas a la calle mil veces y te das cuenta que nada pasa, ves la luz, miras al cielo, nada ocurre, entonces una felicidad sin limite nos inunda, y todos nos preparamos para celebrar nuestra estación de penitencia y el Viernes Santo se llena de penitentes negros, de penitentes humildes y callados, mudos más que silenciosos. Sentimos el frío del suelo que pisamos, las campanas que tocan a duelo y el paso racheados de los sayones al compás de la voz de Blas, nuestro capataz, con pocas voces y mucha vista, que hace que los sayones trabajen callados,

todos a una, para servir a la Señora, sirviendo sin ser vistos, y cuando termine esos momentos de dificultad y, con la emoción contenida, que siempre nos gusta vivir, y mezclado con el gentío que allí acude, entenderemos que, con la ayuda de Ella, todo se consigue y es en ese preciso momento cuando se oye una oración profunda, en forma de saeta, que un día, uno de tus hijos, compusiera para ti.

Hoy te pedimos perdón, Virgen de las Angustias.

*Te rezamos con fervor,
para pedirte que nos ampare en tus brazos de
pasión.*

*Para unirnos en tu llanto,
y sentir también tu dolor.*

*En un abrazo de gloria que nos sale del corazón,
oprimido por tus penas,
por la muerte de tu hijo,
víctima de una traición.*

Francisco Guerrero Berdún

Y es allí, cuando camino de espalda durante algunos momentos, porque mis ojos se resisten a

dejar de mirarte y es cuando mis palabras se convierten en plegaria y es allí, precisamente, cuando una y otra vez, te doy las gracias, bendita Madre, por permitirme descubrir en tus ojos mi camino.

Y es la noche del Viernes Santo, la noche de la entrega, de la entrega del Hijo de Dios por todos nosotros, todo está consumado, estás muerto pero no estás sólo porque ante esa urna hemos de rendirnos todos, bajo el peso del dolor y la angustia de su Madre, una Madre vestida de luto a la que ya no le queda más resguardo a su espalda que una cruz con un sudario, una cruz vacía que Tú dejaras y es que para Ella ya no hay bálsamo que alivie su dolor, ese dolor suyo en la noche más negra, ese dolor resignado, esa pena que le amarga y esa angustia que le ahoga; pero no te aflijas Madre mía, que aquí estamos todos tus hijos a los que Tú un día nos enseñaste a rezar, porque la oración es la dimensión más profunda de la fe. Orar, para nosotros los creyentes, es una necesidad vital y nos mantiene vivos, y aprender no es difícil pues a rezar se aprende rezando, todo empieza con

el deseo de hablar con Dios y ponernos en su presencia. Y aquí me vais a permitir que os lea un credo que llegó a mis manos a través de una amiga de un pregón de la Cofradía del Santo Entierro de Oviedo.

- *Creemos en ti, porque sabemos que tu dolor era el nuestro, porque cada clavo que atravesó tu carne estaba reparando una de nuestras caídas.*

- *Creemos en tu sangre derramada, porque limpias la nuestra.*

- *Creemos en tus manos taladradas, porque sostienen las nuestras.*

- *Creemos en tus pies atravesados, porque gracias a ellos caminamos.*

- *Creemos en ti, por la paciencia con que soportaste las risas y los insultos de los que te crucificaban.*

- *Creemos en ti como el buen ladrón, porque aunque te veamos sufriendo, sabemos que Tú eres el gran vencedor y que Tú nos llevarás contigo mañana mismo a tu reino.*

- *Creemos en ti, por tu última sed, porque sabemos que estabas sediento del amor de los hombres.*

- *Creemos en ti como creyó tu madre, aun viéndote como te veía desposeído de todo.*

- *Creemos que en la cruz eras más Dios que nunca, más hermano nuestro.*

- *Creemos en ti, porque hasta en la última hora tuviste el coraje de entregarnos ese último y más maravilloso de todos tus regalos: tu Madre.*

- *Creemos en ti ahora que te vemos inclinar la cabeza y morir.*

- *Creemos que tu muerte es vida, tu vida y nuestra vida.*
- *Creemos que esa muerte es fecunda semilla viva de salvación para el mundo entero, para mí, para todos.*
- *Creemos en ti y repetimos como el centurión: verdaderamente este era el Hijo de Dios.*
- *Y creemos en ti por tu resurrección. Nosotros sabemos que tu amor era más fuerte que la muerte, que no hay losa que sea capaz de encerrarte dentro, que Tú fuera de Dios desgarrarías las cadenas del mal y de la muerte.*
- *Creemos que Tú eres la causa de toda alegría y de toda esperanza.*
- *Y creemos que contigo resucitaremos todos.*

Y volvemos a Ella, a María, que tuvo que ver son sus propios ojos como su hijo iba a encontrarse con la muerte.

¡Qué dura visión para una madre!

Y aún tuvo fuerza para dar gracias a Dios.

- *Gracias por haberme permitido ser su madre.*
- *Gracias por haber podido vivir a su lado.*
- *Gracias porque incluso en el momento final he podido serle útil y sostenerle en esa lucha extraordinaria que aún no comprendo, pero que ha sido el objeto de su vida.*
- *Y gracias porque se que está vivo, aunque ahora lo sienta lejos, porque va a resucitar.*

Y dio gracias a Dios porque a través de su hijo, se había llenado de amor, de enseñanza, se había llenado de familia, de sinceridad y de lágrimas.

Ella sabía perfectamente que su hijo tenía un tiempo para morir y que ese tiempo empezaría a partir de un acto de amor, de amor a todos nosotros y, especialmente, a los que más lo necesitaban, a los pecadores, a los que sufren, porque por amor se hizo hombre y, como verdadero hombre que era no quería morir como murió, pero si tenía que hacerlo y morir en una cruz, que fuera por el motivo que le había traído a la tierra, por amor. Y en ese momento, el único apoyo que no le podía faltar, era el de su madre.

“Madre, reza por mi, pídele a Dios que abrevie esta hora amarga”.

Y como madre tenía la corazonada que algo terrible estaba pasando, esas corazonadas tan propias de la intuición de las madres en todo cuanto se relaciona con la suerte de sus hijos y sabía que su hijo lo estaba pasando mal y sintió el beso miserable del traidor, noto su sangre correr por su frente, sintió la soledad de su hijo camino del monte de la calavera y sintió que no podía fallarle, pero no quería que viese en ella a una

mujer destrozada, una madre desesperada, sino a una mujer fuerte que lo sostuviera a Él en su desesperación, a un pilar en el que apoyarse cuando todo lo demás le fuese negado. Ella tenía motivos más que suficientes para sentirse molesta, pues si Dios era omnipotente ¿por qué no evitar a su Hijo aquel dolor? Pero Ella sabía que Dios estaba detrás de todo esto y lo que Ella no entendía tenía una explicación en Dios.

El le pidió un sacrificio enorme: el sacrificio de sus lágrimas, el de dar rienda suelta a su dolor, ese dolor que le desgarraba el alma, pero comprendía que esa era la voluntad de Dios, es decir de su Hijo, un hijo por el que Ella hubiese dado la vida, pero ese era el precio que Ella tenía que pagar, era su contribución a la redención del mundo. Y entendió que su “hágase” también comprendía la muerte de su hijo y su “hágase” dio sus frutos...recibiendo el consuelo de ver como la muerte se trocaba en vida, y como de las tinieblas había nacido la luz.

Ya para terminar un ruego, pedid conmigo a la Santísima Virgen que a todos nos bendiga con su gracia, nos de su fuerza y nos de la más difícil de las virtudes: la de su divina fortaleza.

Gracias.